

¿Cuándo pasamos de ser pueblo a Pueblo de Dios?

Desde siempre la Iglesia ha buscado con entusiasmo corresponder a la petición de Jesús: “que todos sean uno” (Jn 17, 21), y esta búsqueda de la unidad no puede ser idílica o impersonal, exige un sujeto y un tiempo de

realización; siendo así, la Iglesia misma es el primero de los sitios en donde se debe construir la común unidad entre sus miembros. El libro de los Hechos de los Apóstoles suele repetir c o n s t a n t e m e n t e que los bautizados tenían un

mismo pensar y sentir, que todo lo tenían en común y eran asiduos en escuchar la enseñanza de los apóstoles y la fracción del pan (Cfr. Hch. 2 42-47); imitar este modo de vida hoy nos resultaría un poco utópico, ellos eran pocos, lo que facilitaba el conocimiento y el fervor,

pero hoy somos cientos y apenas nos saludamos en el templo. Sin embargo, en la Lumen Gentium leemos que en Cristo la Iglesia es como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1), entonces: ¿Qué hacer? ¿Cómo remediar el mal del individualismo y la apatía a la vida de comunidad?

Sin duda alguna nuestra labor inicia con la fe puesta en Dios Uno y Trino, en quién la Iglesia encuentra su imagen, personas diversas, pero mutuamente unidas unas a otras por la solidaridad y el amor; nuestra fe ha de imitar con tenacidad y esfuerzo este estilo de convivencia en que hay diversidad de misiones pero unidad en la identidad. Si tomáramos el ejemplo paulino del cuerpo y la Iglesia (Cfr. 1 Cor 12 12-31), comprenderíamos que la comunión del Pueblo de Dios comienza cuando asumimos responsablemente la labor de cada uno y respetamos amablemente el trabajo de los demás, en otras

palabras: vivir los dones y carismas al servicio de la Iglesia para construir con ellos el Pueblo de Dios que deseamos; por ello, el Concilio Vaticano II afirma que en la constitución del Cuerpo de Cristo está vigente la diversidad de miembros y oficios (Lg 7)

Cuando el Papa Francisco habla del consumismo del mundo actual afirma que este es “una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro” (EG 2) y propone como respuesta cristiana a este asunto la alegría cristiana, gozo que se comunica y se hace multiplicar a nuestro alrededor. Sabemos cuál es la posición apática y a veces hostil frente a la Verdad y el Evangelio, realidad que a veces nos amilana y nos llena de tristeza porque creemos que la nuestra es una causa perdida y la semilla que sembramos no da fruto, pero es ahí donde más se hace necesario compartir la esperanza y animar la fe, aquí entra la misión a hacer su labor de construir la comunión al motivar a todo bautizado a salir y llevar consigo el



Por
Pbro. John Esneider Hernández M
Párroco del Sagrado Corazón
en Ilo (Diócesis de Tacna –
Moquegua Perú)



Evangelio y compartirlo con otros, así sean desconocidos o diferentes, pero que tienen en común la necesidad de escuchar una Buena Noticia de liberación y salvación.

En la historia de la Iglesia que apenas nacía, cuentan los Hechos apostólicos que Jesús les dijo: "Seréis mis testigos", y este testimonio es para los de cerca y los de lejos, todos los que tienen hambre y sed de justicia, esos que mueven a compasión que andan como ovejas sin pastor, a esos señalados y excluidos; pero también para esos que están encerrados en su egoísmo o para los que se olvidaron de los demás por estar dedicados a la sola administración de sus bienes, testimonio delante de aquellos que gobiernan y educan al pueblo, la misión de ir llevando la Buena Noticia, es la misión de incluir a todos y hacerlos sentir parte de la comunidad para buscar entre todos ser uno con el Padre y el Hijo.

Para nadie es un secreto que construir comunidad y vivir la fe en ella es un desafío exigente que requiere de cada uno el aporte y el esfuerzo, tarea en que el auxilio del Espíritu Santo "admirable constructor de la Iglesia por la abundancia de sus dones, y autor de la unidad, el cual habita en sus hijos de adopción, santifica a toda la Iglesia y la dirige con sabiduría" (Prefacio por la unidad de los cristianos) se hace indispensable; pero conscientes de que no está bien dejarlo todo al Espíritu Santo, asumimos cada uno nuestro rol y empezamos a trabajar cada cual desde su lugar y a construir comunidad que es el lugar privilegiado para vivir la fe, comunión que no consiste en que seamos iguales sino en que creamos lo mismo.

Visto de esta manera, el egoísmo que dispersa a nuestra comunidad es un atentado a la fe misma, ya que nos impide estar unidos

y manifestar en nuestras vidas de un modo místico la unión de Dios y que Jesús nos dejó como tarea; por lo tanto, vivir la fe implicará, para el cristiano, luchar contra la tentación del individualismo y el egoísmo aislante, al contrario, debe ser una constante el procurar la común unión que no sólo forma Iglesia sino que vigoriza y facilita la vivencia de la fe de cada uno de los bautizados.

La comunidad es el lugar privilegiado para vivir la fe, y mientras más asumimos los compromisos bautismales más convencidos estamos de la necesidad de pasar de ser pueblo para convertirnos en Pueblo de Dios, pues fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en la verdad y le sirviera santamente (LG 9).



¡Vive tu fe, amando al hermano!

*“Yo les digo: amen a sus enemigos”
Mateo 5, 44*

Pastoral Diocesana de Renovación para la Evangelización (PDR/E)

Segunda etapa: Precatecumenal. Segunda fase: la fe. Segundo año: Fe vivida en comunidad
Misión con Empleados Públicos, Instituciones Educativas y Profesionales.



DIÓCESIS DE
SANTA ROSA DE OSOS

Marzo - Mayo 2015